

SARUH

ó

EL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS.

LEYENDA HISTORICA ORIGINAL.

(CONTINUACION.) (1)

Sometida Granada, Jusuff no quiso arrastrar en España la vergüenza de su derrota y emigró à Berbería, dejando vivo en la memoria de los mozárabes el recuerdo de sus nazañas y de su pericia. Por eso cuando nuevamente intentó el pueblo musulman alzar en la península el estandarte de rebelion, se buscó su apoyo poderoso y otra vez regresó al suelo español, donde debia dilatar más y más el triste renombre de sus hechos. *La hosteria del Aguila* fué desde entonces un centro de accion para el muslin: allí se elaboraba sordamente la estensa trama de aquellas revueltas, que habian de conmover tan profundamente los cimientos de la sociedad española, y que acaso hubieran acabado con nuestra nacionalidad, sin el génio guerrero del vencedor de Lepanto, D. Juan de Austria, cuyos esfuerzos tan solo, consiguieron estirpar la enconada lucha de que fueron teatro mucho tiempo las montañas de la Alpujarra.

El encubierto moro avanzó hasta Jusuff y ya á su lado dejó caer el embozo de su alquicel.

—¡Hixén! exclamó el árabe de la hostería, mirando con súbito asombro al recién llegado.

(1) Véanse los números 49 52 y 57.

—Silencio, respondió este mirando con recelo en torno suyo: una frase indiscreta bastaría para perdernos.

—Tu nombre fué pregonado en la plaza de Bib-el-Bonut, y si has sido descubierto, pronto llegarán hasta aquí nuestros enemigos.

—¡Qué importa, Jusuff, la vida del cuerpo, para el que tiene muerta el alma! Yo amaba à mi hija como la luz del día y desde aquella noche fatal en que el nazareno la arrastrò en su fuga, busco la muerte con afán y ella también desprecia mis añejos miembros.

—Acuérdate, señor, que has jurado llevar al combate las taifas muzlitas.

—Si, mi esperanza es sucumbir en esa lucha que ya no puede dilatar más tiempo la impaciencia de nuestros amigos: esta noche regresa Aben-Said de la Alpujarra, donde ya estará proclamado el Califato, y mañana.....

—¡Mañana!.... es demasiado pronto, dentro de la ciudad solo contamos con mil ballesteros armados.

—Y Abulcacin, replicó el anciano, que espera la señal en los breñales del Rajinan con quinientas lanzas almogávares.

—Pues bien, habla y tu voz será contestada por mil creyentes decididos, que encuentran un nuevo ultraje que vengar en cada minuto que transcurre.

El eco de voces cercanas indicó à los muslines que se acercaba alguna gente; por lo que suspendiendo el anterior diálogo se separaron cautelosamente, replegándose Hixén hácia un ángulo del salón, donde quedó envuelto por la densa penumbra.

Momentos despues se precipitaban en la hostería como impetuoso aluvion algunos yuglares (1) castellanos, precedidos de un hidalgo fornido que armado de un laud en no buen uso, y limpiándose con la manga de su sayo acuchillado el sudor que brotaba de su frente, à pesar de los rigores de la estación, gritò à sus acompañantes:

—Hijos del arte, aquí os traigo para probaros con largueza la admiración que tributo à vuestra noble profesion. Hola, maese, prosiguió dirigiendo su estentórea voz al arabe del meson, traed pronto de lo tiuto à estos respetables hidalgos, y dejad por Belcebú ese ceño, que cuadra mal à las escasas prendas con que os dotò naturaleza

Estas palabras fueron recibidas con una aclamación general por los yuglares: Jusuff tembló visiblemente y un destello de ira reprimida asomó à sus pupilas; aunque notablemente contrariado, colocó sobre una mesa algunas botellas de vino de Alzacac. (2)

(1) Como cómicos de la legua, que durante los siglos XVI y XVII recorrían los pueblos en cuadrillas ó comparsas y ganaban el sustento ejecutando representaciones à que denominaron *Farsas* ó *juegos de escarnio*.

(2) Costa de Gibraltar, llamada por los árabes Estrecho de las Angosturas ó de Alzacac.

Desde aquel instante no tuvo límites la expansión de los adoradores de Talia, convertidos en émulos de Baco.

—Godrin, observó uno de los yuglares, dirigiendo al hidalgo su voz incierta: aseguran que hoy debe llegar á Granada el hermano del rey D. Felipe y que apadrinará en nombre del monarca las bodas de vuestro señor D. Gonzalo de Mendieta.

—Así es, replicó el aludido, apurando un vaso del néctar delicioso: el hijo de Carlos V. honrar quiere con tan señalada merced al valeroso señor que luengos años sirvo y á cuyo lado me encontré en cien lides. Esta noche se verifica el enlace en su castillo de Sad-Homé y el pueblo granadino celebrará tan fausto suceso con tres días de público festejo.

—Por el ánima del mismo Lope de Rueda, exclamo el yuglar, en cuyo cerebro comenzaban á obrar los vapores del vino, que nunca creí ni pensado hubiera, que así D. Gonzalo manchase el lustre de su nombre, uniendo á su estirpe la sangre impura de una infiel.

—Tenga la lengua, le replicó Godrin montando en cólera, ó mal que le cuadre le haré que hable con mas reverencia y acatamiento: mora es de origen la elegida de D. Gonzalo, más no habrá castellana que le iguale en virtud ni en hermosura. Oid la historia de esos amores y juzgareis si mengua es para la raza de Mendieta.

Godrin tomó asiento sobre una de las mesas que los yúglares rodearon por un impulso de curiosidad.

Jussuff que habia escuchado con ansiedad el anterior diálogo, miró entonces de un modo indefinible hácia el sitio donde Hixén permanecía perdido en la oscuridad; si hubiera sido dable llegar hasta él á través de las sombras, hubierasele visto horriblemente transformado: su semblante estaba cubierto de manchas lívidas, sus narices dilatadas como las del lobo que olfatea una presa, sus ojos inyectados irradiaban sensaciones desconocidas, y con los puños crispados devoraba cada una de las palabras de los yuglares, dominado por la ansiedad más desesperante.

Godrin comenzó su relato de esta manera.

V.

• Cuando Mohamed-Abù-Abdalla, por otro nombre Alnasir, con el ejército más formidable que jamas allegó la morisma, quiso humillar á Alfonso de Castilla, amenazando enseñorearse nuevamente de toda la península, la Cristiandad se llenó de espanto, porque los enemigos que iban á lanzarse contra ella eran tan numerosos como los granos de arena de los desiertos del Africa. Ante la inminencia del peligro, el papa Inocencia III proclamó una Cruzada contra los árabes de España, señalando como punto de reunion para los cruzados la ciudad de Toledo. Entre los pocos

extrangeros que vinieron á tomar parte en aquella empresa, la más temeraria de cuantas nos refieren las historias, se contaba Gascon de Terville, hidalgo Maltés, oscuro de linage, mas de alma esforzada y corazon sereno. Coaligados los reyes de Leon, de Aragon y de Castilla, resolvieron salir al encuentro de sus contrarios y protegidos con la ayuda de Dios (1) llegaron á las siempre memorables llanuras de Tolosa, donde dieron vista al ejército sarraceno. Comenzò la batalla y acertadas bien pronto las distancias, á las armas arrojadas sucedieron los botes de lanza y el choque de los alfanges damasquinos con las templadas hojas toledanas: estremeciòse el campo al contacto de dos tan poderosos ejércitos y ensordeció el espacio el clamor espantoso de los combatientes, el indòmito pisar de los caballos, el estrépito de las armas, y el sonido confuso de los instrumentos bélicos. Hubo un instante en que los tercios castellanos, fatigados por la marcha y obligados por la superioridad numérica de los enemigos, comenzaron á retroceder y desordenarse: entonces el rey D. Alfonso lleno de ardor y de corage, vuelvese hacia el Arzobispo D. Rodrigo, que á su lado estaba y fuera de sí

—«Arzobispo, le grita, vos y yo aquí muramos; en tal lugar »y en tal día bien nos está morir.»

Dice, y hundiendo los duros acicates en los hijares de su yegua bermeja, se precipita denodado en lo más recio de la pelea; su espada es el huracan que barre cuanto á su paso encuentra, y empujado [por su ardimiento, llega hasta la tienda de Aloasir, salta las cadenas que la rodeaban y difunde el espanto y la muerte entre los esclavos de la guardia negra del Califa. Mas de pronto la yegua del castellano monarca lanza un rugido de dolor, suspende su fogosa carrera y atravesada de una flecha cae derramando un torrente de negra sangre por la ancha herida. Apenas el animoso Alfonso se mira en tierra, embarazado con los arneses, cuando ya se ciernen sobre su cabeza cien ahiladas gumias, que amenazan cortar el hilo de su vida; y así hubiera sucedido sin la llegada de un cristiano gnete, que veloz como el pensamiento arroja su caballo sobre los agresores de Alfonso VIII, rompe aquel circulo de aceros y hace morder el polvo á los pocos infantes que buscar no quisieron en la fuga su salvacion.

Fijó el rey su noble mirada en el intrépido guerrero, exclamando:

—Valiente eres, hidalgo.

—Señor... profirió turbado y respetuoso, ofreciendo su caballo al monarca de Castilla.

(1) Cuenta la tradicion que al llegar el ejército cristiano al pié de las montañas que se elevan como linderos entre Castilla y Andalucía, ocupadas por los sarracenos, un pastor llamado Isidro, á quien Madrid festeja como patron y la Iglesia venera como santo, les enseñó la senda que habian de seguir para sorprender á los infieles, desapareciendo despues, sin que pudiera inquirirse su paradero, por lo que se ha considerado este suceso como providencial y milagroso.

—Tu nombre dime, insistió Alfonso, que en este punto y momento mostrarte quiero la obligacion que te debo.

—En Malta nació, Gascon de Terville es mi nombre, mi profesion escudero y à España vine ganado de adquirir gloria, luchando contra los enemigos de la Cruz.

—Por Santiago de Galicia, contestó el rey, que como bueno obraste y así no es razon que un doncel como tú que tan buen caballero se ha mostrado, de doncel se quede y à la noble orden de Caballeria no alcance; por ende, mancebo, ante mi asnojaos, que en este mismo instante caballero he de armaros por mi propia mano.

Llegó en esto el Señor de Haro con los maestros de Calatrava y Alcántara y allí sobre el mismo campo de batalla, por mano de héroes, caballero fué hecho Gascon de Terville, recibiendo con tan honrosa merced el señorío de Mendieta para sí y sus legitimos descendientes. A este punto los soldados castellanos que con nuevo vigor volvieron à la carga sembraban el espanto en las filas sarracenas, que al fin se esperecen fugitivas por la llanura, embarazándose en su misma muchedumbre, y la victoria queda por Alfonso, conocido desde entonces por Alfonso el de *Las Navas de Tolosa*.

(Se continuará)

M. ESCOBAR.

AL EXCMO. SEÑOR DON FRANCISCO LANDEIRA Y SEVILLA,

OBISPO DE CARTAGENA

EN PRUEBA DE CONSIDERACION RESPETUOSA.

EL RACIONALISMO DISFRAZADO DE FILOSOFIA MODERNA.

DIOS.

«—¿Quien eres tú...?» Te dijo en su arrogancia
El Arcangel caído.

«—¿Quien eres tú...?» Con necia petulancia
Osa decirte un siglo corrompido.

«—Quien eres? Dónde estás? Cuyo es tu nombre?»

En su loca porfía

Hoy te pregunta con descaro el hombre,

ATENEO LORQUINO.

Y hasta dirige su mirada impía,
Rasgar queriendo el misterioso velo
Que oculta tu presencia,
O negando mejor que existe el cielo,
Antes que convenir en tu existencia.

Filósofos también hay pertinaces
Que á detalles descienden,
Y de negar la fé son muy capaces,
Porque tales detalles no comprenden.
Que su ciega ignorancia se subleva,
Que su orgullo se irrita,
Cuando la luz de la evidencia lleva
La pura antorcha de la fé bendita.
Que solamente en el error se esceden,
Que no asienten con nada,
Que á sus utopías la razón conceden,
Y burlan la palabra revelada....

¡Infeliz condición! ¡delirio humano!
¡Soberbia desmedida
Del que siendo tan mísero gusano
Ignora hasta el secreto de su vida!
¡El hombre...! ¡Qué es el hombre, ante el abismo
De misterios que giran
En confuso tropel ante sí mismo,
Que le pasman, le aturden y le admiran?
Mas ver no quiere en ellos lo infinito
De un orden elevado con que pugna,
Y dice á su razón: «—Todo es un mito,
•Porque el misterio á mi razón repugna.»

Y como sirva la razón de tema
En el siglo presente,
Siempre sin resolver queda el problema,
Siempre en tinieblas la ofuscada mente.
A la DIOSA RAZÓN rindiendo culto
El hombre, en su delirio, no imagina,
Que es un grosero insulto
Dirigido á Deidad tan peregrina...
La razón se regula por la ciencia;
Pues si la ciencia abarca
La verdad, que es eterna en la conciencia,
La ciencia á la razón límites marca.

Mas no vale decir al que delira
(—Materialista loco.—)

»Hombre de poca fé, ven; toca y mira,
 »Y confiesa tu error.—» «Por más que toco
 »—Contesta siempre—y por mis ojos veo,
 »Es ficcion, son ensueños de la mente,
 »Ilusion que no creo,
 »Perturbacion, delirios de un demente...»
 ¡Enfermiza razon, que así estravía
 Lo positivo y bello
 De lo que dà en llamar filosofía,
 Cuando no ha visto de ella ni un destello....!

«—¿Quién eres. . ?»—Lo preguntas á las flores,
 Que la tierra tapizan
 Y te brindan balsámicos olores,
 Suavísimos y dulces que electrizan.
 De su cáliz el pétalo que asoma
 Dirá de tu razon al sentimiento,
 «—Mi delicado aroma
 »Es del Criador el perfumado aliento.»—
 O acaso los parleros colorines
 Al despuntar el dia
 Repiten «—nuestros cantos y festines
 »Saludos son de amor al que nos cria.»—

«—¿Dónde estás?...?»—Siempre oculto por el velo
 De misterio profundo:
 La fé te vé, si mira para el cielo,
 Te vé tambien, si mira para el mundo.
 Te contempla en el sol que centellea,
 Te admira en el destello de la luna,
 Cuyo disco platea
 Sus rayos al quebrar en la laguna.
 En las nubes te siente, en el espacio,
 Y toca tu presencia
 En la misera choza, en el palacio,
 Ora en el corazon, ya en la conciencia.

«—Cuyo es tu nombre...?»—Dios, dice el silbido
 Del Aquilón furioso,
 Del trueno que retumba el estampido,
 El mar rugiente, hinchado y espumoso.
 —Dios—te repite el eco del torrente,
 Que del monte desciende à la llanura:
 —Dios—añade la fuente,
 Donde nace el arroyo que murmura.
 O la brisa al quebrar en la palmera

Clama en acento tierno:
«-Mi Dios... ¿quién es mi Dios...? la primavera,
Que en pòs florece de aterido invierno.

¡Bendito, Eterno Dios, bendito seas,
Tú que con tu presencia
Riges al Universo y le recreas
Al calor de tu santa Omnipotencia!
No mires de este siglo la locura;
Yo humilde te lo ruego, te lo invoco:
El hombre fué tu hechura,
Presta al hombre tu luz, porque está loco.
Y si algun desdichado en su delirio
Osa con labio impío
Ofrecerte en la cruz nuevo martirio...
¡Perdon por tu martirio, Padre mio!!!

JOSÉ MARIA PUCHE.

UN ARTÍCULO DE MUCHO GUSTO.

Desde luego podemos asegurar que casi todos los que fijen su vista en este título, antes de comenzar á leer, buscarán con avidez la firma de un autor que tiene toda la dosis de modestia que se necesita para creer que su artículo es de *mucho gusto*. Teneis el permiso para pensar lo que *gustéis* de él y del artículo; pero no para que digais que ha habido *poco gusto* en bautizarle.

Nuestro *gusto* ha sido el ponerle el nombre que estais viendo.

Y aunque «*hay gustos que merecen palos,*» tambien hay *palos* que «*con gusto no duelen.*»

Y ya que de *gustos* tratamos comencemos por saber que es *gusto*...

Si á un fisiólogo le preguntais, os dirá:

—Es el nombre de uno de los cinco sentidos que tiene su *domicilio* en la lengua; siendo tambien la propiedad que tienen los cuerpos de producir en el referido órgano una particular y característica sensacion

—No señor, dirá un literato, es el discernimiento súbito del mérito ó demérito de las producciones del entendimiento humano, en las ciencias... en las artes...

—Es la facultad, interrumpirá un poeta, de conocer la belleza

y deformidad de las cosas.

—El *gusto* es la determinación espontánea, el arbitrio, la voluntad propia,—dirá uno que no sea fisiólogo, ni literato, ni poeta, ni cosa semejante....

Otro: Es el deleite.

Este: El capricho.

Aquel: Lo superfluo.

El *gusto*, lo mismo que la opinión política, se ha dividido y subdividido tanto, que se ha hecho *individual*, aun que parezca un contra sentido. No hay dos que tengan la misma opinión, el mismo gusto, porque «Cada uno está hecho à su gusto» Y tan es así, que de esta conocida frase habrá quien discutirá su veracidad.

Después de tantas y tan distintas definiciones ¿podremos saber en resumen qué es *gusto*? Creemos que no.

Nosotros que también comemos garbanzos, hablamos de política, tocamos la guitarra y escribimos artículos como cualquier español; nosotros que tenemos derecho individual, autonomía propia, voz, voto y zapatos, como cada hijo de vecino, tenemos también nuestro *gusto* y nuestra particular definición del *gusto*; pero... la reservamos en honor à la galantería, puesto que el bello sexo entra à dar su opinión en este asunto tan oscuro como extraño à nuestra pluma.

Para una gran parte de esta dulce mitad del humano género, decir.—Tiene *mucho gusto*,—es lo mismo que: «Viste muy elegante, viste mucho.» De manera que, «*Gusto*» es para ellas lo más elegante, lo de novedad.

En cuestiones de *buen gusto* ó en cuestiones de moda, que es à lo que ya queda reducido, no hay que enmendarles la plana. Este «*buen gusto*» es superior en todas al de todas; cada una de ellas se cree el tipo, el modelo, el figurín de la última parisiense.

Vamos à verlo:

Decidle à una señorita, que no posee los conocimientos propios de su sexo; decidle también que no tiene talento; y hasta que carece de hermosura, y es fácil que apesar de todo os conceda su amistad. Pero indicadle (aunque para ello os aconsejo que os pongais à buen recaudo) que su gusto está estragado, que no tiene *gusto*; y si no tomáis la precaución de retiraros un poco, no respondo de vuestra seguridad personal.

Una mujer sin *gusto* es una flor sin aroma, un árbol sin sombra, un río sin agua: Es una originalidad, es un exabrupto.

Así como Anacarsis buscaba la ideología de los seres, la mujer busca en el espejo el medio más seguro para magnetizar al hombre, para *gustar*.

Píades es à Orestes, lo que el sol à la sombra, lo que la mujer al espejo.

Murillo no sabía una palabra de combinaciones de colores, como

las mugeres que saben casarlos, como ellas dicen, de una manera admirable. Comprender qué color le cae mejor á una rubia, á una morena, á una trigueña; qué color debe tener un abanico, para que con la refraccion de la luz produzca mejor ó peor efecto en el rostro.

Y es... qué á estos seres, lo que más les gusta es *gustar*: así es que les agrada más ser admiradas que queridas. Por esto, su libro de consulta es el espejo, su oficina el tocador, su consocio la modista, su distraccion la tienda de modas y los trages su problema, su cuestion palpitante.

—Yo tengo un *gusto* especial.

—No hay *gusto* como el mio.

Y... ¡Qué *gusto* el de algunas mugeres! Y ¡Qué mugeres de tan poco *gusto*! Pero... ¡Qué hechas á su *gusto* están todas!

Cuando esta mitad de la humanidad le *toma el gusto* á una cosa, hay que temerle, porque ni repara en peligros, ni mucho ménos retrocede en tal de dar *gusto* á su *gusto*. ¡A cuántas no les han perjudicado sus *gustos*! ¡Cuántas han sido víctimas de sus *gustos* extraviados!

Perdonadme, queridas y bellísimas lectoras, que saque á la luz del curioso estos leves pecadillos (de los cuales hay muchas, exentas) y que en sí no encierran más delito que un exceso de amor propio, del que no estamos libres ni hombres ni mugeres

Tambien hay muchos de aquellos que se distinguen por sus *gustos*, así como hay escritores que se reflejan en sus obras; porque si el *gusto* nace de la construccion moral, por decirlo así, del hombre, las obras se crean en el entendimiento de un autor. ¿Qué es un libro sino un *gusto*, puesto que el escritor en él se despacha á su *gusto*?

El *gusto* se parece al titulo de muchas obras, que por él se descubre el argumento.

Por el hilo se saca el ovillo, por el *gusto* se averigua el temperamento, el carácter, la educacion y la *idiosincrasia* del individuo. Cada autor tiene su obra predilecta, como cada hombre tiene un *gusto* que descuella entre los demás.

Hemos oido decir muchas veces que si el mundo no se cae es porque todos le empujamos de nuestro lado. ¡Qué gran verdad encierra esta frase tan vulgar! Porque... ¿Qué sería del mundo, si todos nos dedicáramos á escribir dramas, si todos deseáramos ser ministros, si no amáramos más que á una misma muger, si no tuviéramos más que un mismo *gusto*?

Pero en cambio seriamos mucho más dichosos si no leyeramos más que un solo periódico en España, por ejemplo: «EL ATENEO LORQUINO.»

Pero basta. No queremos molestar por más tiempo á lectores de tan buen *gusto* como vosotros, ni mucho menos continuar por

un camino donde concluiríamos por *escribir de gustos*, terreno que nadie se ha ocupado en laborizar. No debemos distinguirnos de muchos escribiendo asuntos originales, reservandonos, por la misma razon, la definicion del *gusto*, que más arriba ofrecimos.

Mas antes de terminar un artículo, que si no es *de mucho gusto* al ménos lo hemos escrito con *gusto*, queremos advertiros que nunca permitiremos que destineis este papelote para envolver manjares sustanciales, por que de ellos tomaría sustancia, para los que lo encuentren insípido; y si ahora no, despues sería *Un artículo de mucho gusto*.

ERNESTO VILCHES.

TUS OJOS.

Tus ojos nada más, son negros, negros,
Como la pena que mi pecho abrumba;
Negros, como las sombras de una noche
Sin estrellas ni luna.

Negras son tus pupilas, como es negra
La tempestad de la terrible duda;
Negras, como el fantasma de los celos,
Que al corazon torturan.

Negros tus ojos son como la nube,
Que al horizonte por do quier enluta;
Negros, porque Jesús los tiene negros
Y es negra su amargura.

¡Qué negro es el color de tus pupilas!
Por él mi corazon lo negro busca,
Y si en la oscuridad tus ojos viera,
Vivir quisiera á oscuras.

J. R. NORIEGA.

LAS PREOCUPACIONES.

Acaso no sea yo bastante imparcial para tratar de este asunto y me encuentre también *preocupado* al escribir sobre las *preocupaciones*.

Nada tiene de extraño que siendo miembro de una sociedad, en la cual esta enfermedad se ha hecho crónica, me resienta del mismo defecto, cuyo pernicioso influjo trato de combatir, señalando, sino los medios de desterrarlo por completo, porque esto me parece imposible, al menos las armas más ventajosas para combatirlo.

No desisto sin embargo, de mi empeño: si acierto á pintar con vivos colores tan fatal dolencia y mis reflexiones producen alguna indicación adecuada á contener sus progresos, llevaré sin duda bastante adelantado para curarme á mí mismo, ó para que otros con más éxito me curen.

La historia de las preocupaciones es la historia de todas las miserias y puntos flacos de la humanidad; en ella se aprenden con asombro los infinitos medios de que el hombre se ha valido para engañarse á sí propio, y cubrir con la apariencia de convicciones sinceras los intereses de sus pasiones, ó la pretenciosa terquedad de su egoismo.

Por esto las preocupaciones son tan antiguas como el mundo, y durarán tanto como él: se sucederán las generaciones, cambiarán las costumbres, se modificará la organización política, se transformará toda la máquina social; pero las preocupaciones, aun cuando varíen de dirección y de forma, serán siempre el pesado fardo que la humanidad arrastrará en su camino, deplorable herencia de los errores pasados, presentes y futuros, con que el amor propio ha corrompido la conciencia y contaminado la sociedad.

La época moderna se gloria de haber arruinado de sus pedestales los antiguos ídolos, y desterrado las falsas ideas, que la ignorancia de otros siglos había arraigado en el entendimiento. ¡Engañosa pretensión! Los ídolos han sido sustituidos, y otros nuevos han venido á ocupar el lugar de los añejos vicios, sin que todos los beneficios de la civilización hayan conseguido remediar el mal, que aumenta necesariamente á medida que se desarrolla en todas las esferas el egoismo, su verdadero origen y causa.

Es verdad que ninguna persona seria cree ya en las brujas y duendes; pero no faltan entendimientos, que presumen de formales, que aceptan sin vacilar todas las locuras del espiritismo: es

verdad que se han abolido como repugnantes á la dignidad humana, las tiranías descaradas; pero quedan aun las tiranías vergonzantes; ya no hay nadie como en otros tiempos, que pueda ser señor de vidas y haciendas, pero hay muchos traficantes de conciencias y mercaderes de la riqueza pública; ya ha desaparecido la preocupacion del fanatismo, que fue la perdicion de nuestros padres, pero la ha reemplazado la preocupacion de la increuulidad, que será la perdicion de nuestros nietos; ya no existen aquellas costumbres meticulosas, que hacian que el hombre llevase todavia el viveron á los veinte años; pero tambien ahora apenas el niño ha abandonado los brazos de su nodriza, y ya sabe blasfemar, jugar y dedicarse á todos los vicios; ya en fin no se cree en mil tonterias que antes eran artículo de fé, pero se dá credito á muchas otras cosas que parece increíble puedan creerse.

Y si parais vuestra atencion en las costumbres domésticas descubrireis infinidad de preocupaciones en el regimen de la familia, en la educacion de los hijos, en la eleccion de estado, en la correccion de los defectos, en el trato social, en los negocios, en las relaciones morales, en todos los actos de la vida humana.

Aquella jóven es hermosa como la Venus de Milo; candorosa y pura como una Virgen de Murillo; arde en su frente la chispa de la fantasia y en su corazon el fuego del sentimiento: flor delicada, que puede agostar el huracan de la pasion mal dirigida, arpa cadenciosa, cuyas cuerdas puede romper la mano grosera de la sensualidad, necesita el cuidado más prudente y el más esquisito esmero, para que su perfume no se evapore, para que no se pierdan sus armonías. Es un tesoro encerrado en frágil vasija, espuesto á perderse al menor descuido; es un arbusto, que crece lozano, pero que se tuerce ó troncha al menor soplo del viento.

Ved ahora otro tipo: el tipo del hombre de bien á la usanza de los modernos hábitos. Es amable, jovial, condescendiente: teme mucho á las apariencias, pero le espantan poco las realidades; cuando vá á la iglesia, con la misma facilidad murmura una oracion, que dedica un gaunteo á cualquiera de sus conocidas: comparte el tiempo en las tertulias entre la adulacion servil y la murmuracion sabrosa; es virtuoso, porque no mata ni roba y no deja de poner un duro en la bandeja de plata, cuando la condesa de C... pide para los pobres; lo cual no impide que se juegue cien á una carta. Para él el coquetismo es una necesidad en la mujer; el único patrimonio de esta su hermosura; su única mision agradar; su destino *pescar*, como ahora se dice, un millonario, para arrastrar carroza entre blondas y encajes y contar á centenares los admiradores y los envidiosos.

Con tales datos, figúraos que este hombre es el padre de aquella delicada hermosura, que anteriormente hemos descrito. ¿Qué sucederá?.....

No se me oculta que la vida del hogar y el calor de la familia, es muchas veces la causa de regeneracion aun de los más despreocupados. ¿Más podrá negarse que abundan en la sociedad padres inconscientes, cuya educacion y conducta anterior influye en su manera de obrar presente y á quienes el cariño de sus hijos y la intuicion poderosa de su felicidad no basta para disipar sus inveteradas y perjudiciales preocupaciones?

¿Y qué he de decir de la política, y de su confusion lamentable con la idea religiosa, que como la idea de libertad, sirve á tantos de pretesto para satisfacer pequeñas pasiones, é impulsar móviles interesados y mezquinos? En este punto las preocupaciones llegan á un grado increíble de desarrollo; con ellas se mezclan y confunden todos los fanatismos, todas las ambiciones, todos los errores, que la ignorancia abriga y la malicia fomenta en desdoro de la equidad y la justicia. Innecesario me parece recargar de tintas el cuadro, que está siempre á nuestra vista y es por sí demasiado oscuro, para que yo tenga necesidad de aumentar sus sombras.

Siempre han existido preocupaciones. El hombre, cuando no posee la verdad, ni obra con arreglo á la justicia, necesita hacerse la ilusion, para engañar á su conciencia, de lo acertado de sus juicios y lo recto de sus intenciones. Y á fuerza de persistir en el engaño, llega á transformarse la ilusion en realidad, el error en fanática creencia, tanto mas difícil de arrancar, cuanto que no se permite discutirla ni ponerla en duda. Así se observa el fenómeno de que se defiende con más tenacidad una preocupacion, que las verdades mejor demostradas y las convicciones mas profundas.

Hay para las preocupaciones otra razon poderosa: la utilidad. Todos aspiramos á justificar nuestros actos y no permitimos se dude de la sinceridad de nuestras intenciones. Para hacer pasar con más facilidad este engaño, nada hay mas á propósito que fingirse profundamente convencido de las ideas que se defienden y profesan y sin dificultad se obtiene en todas partes el diploma de hombre honrado. «Estará en el error, pero obra de buena fé» se dice con frecuencia. Y esto, que puede ser verdad en algunos casos, ¿en cuántos otros es la opinion engañada respecto á hombres que de esta manera hacen su negocio, y cuyas mal llamadas preocupaciones no son otra cosa que la máscara de la hipocresia, con que cubren su detestable intencion y sus perversos fines?

La educacion mal dirigida, los malos hábitos contraídos, las costumbres de aquellos con quienes tratamos, y las opiniones que nos rodean y forman la nuestra sin una razon fundada, son otros tantos orígenes de preocupaciones, unas inocentes, pero la mayor parte de ellas perniciosas, tanto para el individuo como para la sociedad en general.

Estas preocupaciones necesitan un acontecimiento decisivo, de esos que forman época en la vida del individuo y obran una re-

volucion en su ser, para ser arrojadas de la conciencia, donde echan frecuentemente profundas raíces. Son hijas del fanatismo, tomada esta espresion en su más lato sentido, y ya se sabe que nada hay tan difícil de torcer como la voluntad de un hombre fanático.

Hay fanatismos políticos, sociales, filosóficos, religiosos, y á ellos responden infinito número de preocupaciones, por cuya causa hace ya mucho tiempo que la Justicia se marchó al cielo, huyendo de los hombres, y la Verdad yace oculta y aprisionada en el fondo de un pozo.

En toda preocupacion, por último, juegan un papel importantísimo las pasiones. Ellas levantan una densa nube que se interpone entre el esplendoroso sol de la verdad y nuestra inteligencia, embota nuestras facultades, llenando de tinieblas la mente y de falsos deseos el corazón. El hombre apasionado no vé por otro prisma que el de la pasión que le domina, no obedece á otro impulso que el de la pasión que le agujonea, no siente otra necesidad que la de satisfacer la tirana pasión, que le devora. Si las pasiones no dominasen con tanta frecuencia al hombre, haciéndole perder la serenidad de la razón, escasearian en el mundo las preocupaciones, y aunque la enfermedad siempre existiese, no sería tan penosa su curación.

Y sin embargo, con cuán poderosos recursos no cuenta el hombre, para contener el pernicioso influjo de sus preocupaciones y dirigirse por el recto sendero de la verdad y de la virtud! ; Cuán fácil le es en la ancha y luminosa esfera en que está trazado su destino, dirigir su espíritu al fervoroso culto de la verdad y del bien, manteniendo siempre vivo el fuego sagrado que Dios hizo arder en su corazón, para que procurase su perfeccionamiento y el de sus semejantes!

Tú ; oh Verdad! eres la luz inextinguible, que nos muestra la eterna evidencia de los supremos principios, á cuyo fulgor se iluminan las sombras de la inteligencia y se dirigen á tu ideal divino los inciertos pasos de la razón!

Tú ; oh Virtud! eres el delicioso bálsamo, que cura las heridas de la conciencia, y fortalece el corazón abatido por los desengaños y las contradicciones de la vida. En ti se halla el mejor remedio para las falsas direcciones del entendimiento y del corazón: no puede engañarse quien te sigue; no puede engañar á otros, quien con entusiasmo te practica.

Por eso para las preocupaciones de la inteligencia, no habrá nunca mejor antidoto que la verdad; para las preocupaciones de la voluntad, mejor remedio que la práctica de la virtud; para las preocupaciones sociales, otra solución que la acción combinada de la verdad y del bien, aplicados según los impulsos de la conciencia recta y de los móviles más desinteresados.

Por eso yo, al concluir estas cortas reflexiones que me ha sugerido el asunto que me ocupa, no encuentro mejor medio de terminarlo, que hacer fervientes votos en pro del reinado de la Verdad y del Bien, que destierre de la conciencia y de la sociedad ó disminuya por lo menos los fatales efectos de las preocupaciones.

A. G.

Insertamos à continuacion el siguiente bellísimo soneto, publicado en nuestro ilustrado cólega *La Paz de Murcia*, con motivo del anunciado Certámen de la Sociedad Económica lorquina; à nombre de dicha corporacion y de todos nuestros paisanos damos las gracias à su distinguido autor, consignando à la vez con este motivo nuestra gratitud à la prensa de la provincia, y à muchos de nuestros estimados cólegas, que han reproducido el programa del Certámen, que repartimos à nuestros suscritores con el número anterior; suplicando à todos los periódicos que nos honran con su visita, se sirvan dar la mayor publicidad à este asunto, para que llegando à conocimiento de todos, pueda lograr la Sociedad Económica el nobilísimo fin que se ha propuesto.

Hé aqui ahora la composicion indicada:

A LORCA.

Con motivo de su anunciado Certámen científico-artístico-literario.

Mas que tu limpia historia y tus blasones,
 Recuerdos de tu lucha sacrosanta,
 Que heróica é invencible te levanta
 Con el lauro ganado en *Alporchones*:

Mas que tu nombre en áridas regiones
 Que sellaron tus hijos con su planta
 Allende el mar, que en su murmullo canta
 El temido poder de tus pendones:

Mejor que Velez, Archivel, Cantoria,
 Que de tus hijos dicen la escelencia,
 De bélicas acciones en memoria;

Mejor que tu virtud y tu prudencia,
 Te hace grande el deseo de dar gloria
 Al Arte y al Trabajo y à la Ciencia.

EL BARON DE CARAVIJA.